

## NOTAS

### **CON LOS EXCREMENTOS DE LA LUZ: INTERROGANTES PARA UNA INSURGENCIA SEXO-POLÍTICA DISIDENTE\***

**val flores**

Ensayista independiente, Argentina  
valeriaflores12@gmail.com

Recibido: 27/03/2019. Aceptado: 29/04/2019.

#### **Resumen**

Habitar los desechos de la luminosidad omnisciente que guió la epistemología de la Modernidad, con sus requisitos de transparencia y claridad, nos invita a un vagabundeo político que desiste de las certezas del resplandor. Pensar con los excrementos de la luz es un intento por desustancializar y extrañar los presupuestos identitarios y comunitarios de una hegemonía del activismo sexual feminista y LGTTTBI que adhirió en estos últimos tiempos a los formatos tradicionales de la política. Implica una negatividad como una potencia de vaciamiento y proliferación, que nos permite trazar una línea entre lo que queremos y lo que no queremos vivir, vinculados a la memoria, el lenguaje y la afectividad. Se trata de instigar una posibilidad innombrada o impronunciable, inventando un idioma para entrar y salir de nuestra propia fragilidad y de nuestros imaginarios heridos, con la paciencia secreta de que toda insurgencia será labor de las palabras.

**Palabras clave:** Crítica del Iluminismo - Activismos - Lenguaje

*WITH THE EXCREMENT OF LIGHT. QUESTIONS FOR A DISSIDENT SEX-POLITICAL INSURGENCY*

#### **Abstract**

To inhabit the debris of the omniscient luminosity that guided the

---

\* Una versión preliminar de este texto se presentó en el Panel "Legislaciones estatales y disidencias sexuales. Repensando las esferas de lucha de los movimientos sociosexuales". 7mo Foro Nacional de Educación para el Cambio Social. ENEOB (Espacio Nacional de Estudiantes de Organizaciones de Base), Universidad de Córdoba, setiembre de 2015.

epistemology of Modernity, with its requirements of transparency and clarity, invites us to a political wandering that desists from the certainties of the radiance. Thinking with the excrement of light is an attempt to de-substantiate and miss the identity and community presuppositions of a hegemony of feminist and LGTTTBI sexual activism that recently adhered to the traditional formats of politics. It implies a negativity as a power of emptying and proliferation, which allows us to draw a line between what we want and what we do not want to live, linked to memory, language and affectivity. It is about instigating an unnamed or unpronounceable possibility, inventing a language to enter and leave our own fragility and our wounded imaginaries, with the secret patience that every insurgency will be the work of words.

**Keywords:** Criticism of Enlightenment - Activism - Language

La luz siempre ha sido reveladora del conocimiento, del saber, del bienestar, de la salud, de la presencia divina, de la higiene, de la seguridad, de la historia, de la verdad. La metáfora lumínica guió la epistemología de la Modernidad con sus requisitos de transparencia y claridad para todos los órdenes de la vida. Este régimen de luz impuso la visión como sentido hegemónico de las sociedades disciplinarias y, ahora, se reposiciona con todo su esplendor en las sociedades de control. No sólo nuestros cuerpos fueron objeto de gobierno, también nuestra mirada se hizo dócil al ponerse todo a la vista, omitiendo las faltas, las fallas, los equívocos, las penumbras. Por eso, en la era de la hiperluminosidad y de una visibilidad exacerbada, pensar con los excrementos de la luz supone, más que una apología de la oscuridad o de las tinieblas, un habitar los desechos de esa luminosidad omnisciente, como un vagabundo político que desiste de las certezas del resplandor.

¿Y qué relación podemos establecer entre este régimen de luz con las identidades LGTTTBI, los feminismos y la disidencia sexual? ¿Acaso no luchamos por ser visibles, por salir a la luz, por echar luz sobre los opresivos mecanismos de producción de la heterosexualidad? ¿Por visibilizar nuestras identidades y deseos disruptivos de la ley binaria del género, para hacerlos vivibles?

Distante de un épico discurso acerca de los derechos

conquistados y de las demandas que el movimiento LGTTTBI y feminista reclaman al Estado, nos instigo a pensar colectivamente los regímenes de luz como modos de producción de conocimiento y normalidad que provocan sus propias ignorancias, porque más que ocultar, lo que hacen es naturalizar e inhibir ciertas posibilidades de visión, percepción e interpretación de los cuerpos, que no es ni más ni menos que nuestra capacidad de habitabilidad del mundo.

Desde los excrementos de la luz emerge una negatividad como una potencia de vaciamiento y proliferación, que busca desustancializar y extrañar, tergiversar y pervertir los presupuestos identitarios y comunitarios de una hegemonía del activismo sexual que adhirió en estos últimos tiempos a los formatos tradicionales de la política, la que recobró fuerzas con la reposición del imaginario estatal nacional. Una negatividad que nos permite trazar una línea entre lo que queremos y lo que no queremos vivir.

En mi genealogía activista, que ha sido tan intensa, iconoclasta, múltiple, heterodoxa y con múltiples campos de intervención, el feminismo tanto como la disidencia sexual como práctica política, estética, afectiva y epistemológica, han sido claves para la politización de mi vida y mis ámbitos existenciales. No obstante, hay que reconocer que ciertas perspectivas feministas adquieren mayor luminosidad que otras, y en los desechos de esta proyección moran otros microfeminismos que no buscan prescribir nuevos modelos de comportamiento ni digitar qué prácticas prohibir, ni qué conductas impugnar, ni qué fantasías vedar, ni qué formas de coger legitimar, ni qué sujetos anatómicamente aptos autorizar para la lucha. Son feminismos rapsódicos, de coexistencia tensa e interrogativa de muchas lenguas y cuerpos –sin aspiraciones de coherencia–, que con sus prácticas constituyen una apertura de posibilidades para cambiar la propia vida y re-pensar las prácticas emancipatorias. Feminismos cuyas formas más invisibles y subterráneas disputan otros modos de hacer y vincular vida y política, al tiempo que son expulsados de la zona de concentración lumínica tramada por los medios de comunicación, los

habitus académicos y la localización geopolítica.

Así aprendí, con los residuos del destello, a hacer de la experiencia política una poética, es decir, una apuesta a subvertir los códigos de la lengua heteronormativa, a hacer del lenguaje un campo de intervención política y estética. De modo que la política para mí se fue configurando no tanto como la acción instrumental conforme a unos fines preestablecidos, sino como la modificación sustancial de las coordenadas de lo posible y de lo sensible.

En este sentido, escribir como tortillera es para mí una práctica política que se anuda al pensar y a un trabajo por hacer con el lenguaje contra toda tipificación y estandarización, que desconoce los múltiples procesos de construcción y habitabilidad de lo lésbico. Supone una especie de desprogramación sensorial ante toda forma de dogma, de narrativa identitaria totalizadora, de un vocabulario uniformador y carente de texturas y estrías. Y fundamentalmente, una acción política dimitente, la de abandonar la servidumbre de ser nombradas por otrxs, de ser dichxs por otrxs, apostando a la autonomía de la voz y a la imaginación de nuevas formas de organización del conocimiento y a la invención de modos de vida.

Cercana a una concepción de activismo político que no busca ser legalizado como experto por la máquina institucional de las políticas de gobierno, esa que lubrica la consigna de moderación impuesta por la lógica de la unidad y el acuerdo, articulada por la masividad, el monumentalismo y la espectacularización, que margina del discurso público las posturas más confrontacionales, me interesa la experimentación crítica con lenguajes más opacos y marginales a los empleados por la tecnocracia del decir.

Hablar de identidad supone para mí una ambigüedad, una paradoja en la que me muevo dilemáticamente, en la que soy reconocida y al mismo tiempo me desconozco. Asumo la identidad como nombre que habilita y visibiliza una disputa, una disidencia, de modo que estratégicamente me posiciono en los escenarios del habla heterosexual como lesbiana, que lucha contra la imposición de la invisibilidad e indecibilidad. Y me desconozco cuando ese nombre se vuelve estrecho y

excluyente de cuerpos y experiencias a partir de la instauración arbitraria de requisitos de autenticidad y respetabilidad.

Entiendo que el fondo de nuestra actuación como activistas sexuales son las leyes de matrimonio igualitario, la ley de identidad de género, las políticas de diversidad e inclusión bajo retóricas neoliberales de desmarcamiento de las diferencias, la criminalización y persecución de las trabajadoras sexuales, unas narrativas de identidad que parcelan la comprensión de las políticas sexuales como articulación de políticas económicas y culturales que gestionan estéticamente las representaciones sexuales en términos de una higienizada ilustración realista, la prohibición del aborto, y una cotidianeidad nuestra que sigue asolada por los crímenes de odio, los femicidios, la lesbomotransfobia, la discriminación, el insulto, la vergüenza, etc. Y también por un feminismo de Estado que ha hecho suyas las demandas de vigilancia y represión del biopoder, exigiendo que se apliquen políticas punitivas (censuras y castigos) en nombre y para protección de “las mujeres”.

Entonces, me importa compartir con ustedes el relampagueo de una serie de interrogantes con el afán de desistir, por un momento, de la inmediatez, de lo instantáneo, de cierta hiperluminosidad que se ansía compulsivamente, para intentar pensar las dinámicas de deposición de un movimiento lgtttb centrado en el estado, el campo jurídico y los medios. Una forma de construir un destiempo para una insurgencia sexo-política disidente, como un gesto de desaceleración que escape de la prisión de lo inmediato a partir de reinscribir entre nuestras preocupaciones políticas y vitales asuntos relacionados con la memoria, el lenguaje y la afectividad.

Comencemos con la memoria, *¿cómo releer nuestros propios archivos de la disidencia desde las narrativas políticas contemporáneas?*

Vivimos en una época paradójicamente amnésica. Por un lado, hay una inflación de las políticas de la memoria, tendiendo a la estatización de ciertos relatos (lo que supone una regulación de nuestros sueños y experiencias

políticas), y por otro, el capitalismo global produce formas de subjetividad en las que nos adiestran a interesarnos tan sólo por lo último que pasa. Funcionamos bajo dos ejes que se sitúan en la propia base de la sociedad de consumo: la novedad (que construye el horizonte del deseo) y la obsolescencia.

A partir de un proceso de represión de lxs muertxs que produce la sociedad de consumo y la reducción de las prácticas sociales a meras “demandas”, se licuan las fuerzas emancipatorias de las desobediencias sexuales. Las leyes de la actual democracia en defensa de los “derechos humanos” –incluidos los LGTTTBI– no tienen la suficiente capacidad de afectación de las vidas materiales, no tanto por una cuestión de desconocimiento de la letra de ley, sino porque los algoritmos financieros y heteropatriarcales presentes en las dinámicas institucionales gobiernan nuestras subjetividades.

Así, las políticas y poéticas de la memoria son cruciales para pensar el activismo del presente. ¿Con qué trozos de voces, cuerpos, saberes, experiencias, discursos y acciones nos (des)hacemos o hicimos activistas de la disidencia sexual? ¿Cómo las experiencias del pasado del movimiento LGTTTBI interpelan nuestro accionar presente? ¿Cómo se activa una memoria batallante e incómoda de las luchas sexuales? ¿Qué nos dicen nuestros archivos del daño y de la sobrevivencia acerca de delegar nuestro poder en el Estado?

En relación al lenguaje, me pregunto *¿cuáles son nuestros vocabularios políticos y su capacidad de inventiva para dar cuenta del presente?*

Las disputas por las palabras son disputas políticas. Existen ciertos léxicos sexo-políticos que nos despojan de nuestras heridas, saberes y pulsiones emancipatorias, colonizan las experiencias lésbicas, maricas, travestis, trans, intersex, y simplifican el presente para que éste sea vistosamente absorbido por los medios y el estado. En este sentido, disidencia sexual no es lo mismo que diversidad sexual. La disidencia sexual actúa como un cuestionamiento práctico y constante al sistema sexual imperante, articulando una serie de prácticas políticas, estéticas y críticas recientes de gran intensidad, con

quiebres respecto a las políticas liberales LGTTTBI.

¿Qué pasó en todos estos años para que las políticas del nombre propio ejercitadas por el activismo se disolvieran bajo un término soporífero y anestésico como “diversidad sexual”? Retomo la pregunta de la feminista Donna Haraway: “¿Con la sangre de quién se crearon mis ojos?” (1995: 330), y me re-pregunto: ¿Con la sangre de quién se crearon estas palabras?

Actualmente, la única forma posible, representable, concebible, de hablar (a) las sexualidades y géneros no heteronormativos es bajo la supremacía del sentido de la “diversidad”. El imperialismo de este modelo como paradigma epistemológico y político, atraviesa los discursos culturales en general y los del activismo en particular, regulando las matrices de inteligibilidad de las identidades.

La diversidad sexual des nombra las identidades LGTTTBI, despolitiza el antagonismo provocado por la normatividad sexo-genérica porque desplaza a la norma de la centralidad del análisis, y se inscribe en la construcción de un escenario de armonía y pacificación del conflicto, vaciando de sentido las políticas de autoafirmación identitaria. Se produce un colapso y una eventual clausura de las múltiples y heteróclitas variaciones subjetivas, políticas, afectivas, corporales, estéticas, sexo-genéricas, bajo una prédica devota de la compasión, la tolerancia, el respeto y la simpatía.

Por último, un interrogante que pone énfasis en un asunto menospreciado por la política más clásica y que es el vinculado a la afectividad, *¿qué lugar ocupa la afectividad en nuestros activismos como modo de reconstruir las condiciones emocionales de la solidaridad en común?*

Los afectos, esa capacidad para afectar y ser afectado, ese aumento y disminución del cuerpo para actuar, enlazar y conectar, cumplen un papel clave tanto en la activación como en la desintegración de los activismos. Cuántas veces nos hemos apasionado por espacios políticos porque nos sentíamos acogidas en nuestros anhelos de lo colectivo para construir algo común,

y también, cuántas veces hemos abandonado espacios políticos donde ciertas dinámicas del hacer se vuelven insostenibles por la forma de tramitar los afectos, porque nos vemos presas de modos de relación hostiles, destructivos, agresivos, demoleedores, sin poder siquiera tematizarlos como formas políticas de gestión de la vida en común, y no como un problema individual.

Los afectos no son estados psicológicos, son prácticas sociales y culturales que articulan experiencias del cuerpo. Ningún afecto es por sí mismo opresor o emancipador. ¿Cómo convertir nuestra desafección privatizada en ira politizada? ¿Cómo hacer del activismo un afectivismo, tal como dice Brian Holmes, potenciando esa capacidad de los afectos de abrir y expandir territorios, de hacer política en primera persona, que desborde y haga estallar la idea soberana de la política?

\*\*\*

Seguro mis palabras no tienen la contundencia de un discurso afirmativo, movilizante e inminente como tradicionalmente se espera, el cual creo que también es necesario. Sin embargo, en mi retina biográfica vive la llama persistente del éxtasis político en otra clave. Efectivamente, desde los excrementos de la luz compuse estas preocupaciones como un modo de reactivar la interrogación acerca de cómo la rabia, la irreverencia y la rebeldía se reprocessan en clave estatal y fundamentalmente de mercado, desactivando los modos más polémicos de la protesta sexual.

Frente a un deseo totalizante de institucionalización, considero imprescindible crear un tiempo y un lenguaje que se desate del campo jurídico en tanto monopolio del sentido de las prácticas culturales y dinámicas vitales, que alojen el microgesto de la audacia política y el trance poético.

Hallar en los excrementos de la luz una posibilidad innombrada o impronunciable, rimar los lutos del lenguaje hetero, instigarnos a inventar un idioma para entrar y salir de nuestra propia fragilidad y de nuestros imaginarios heridos, con la paciencia secreta de que toda insurgencia

será labor de las palabras.

### **Bibliografía**

Haraway, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Valencia: Cátedra.